

ENCUENTRO DE LOS CONSEJOS LOCALES

PROVINCIA DE SANTA CATALINA DE SIENA

LEÓN 6-9 DE DICIEMBRE DE 2000-12-19

P. ANTONIO BRAVO

1. LA RECEPCIÓN ACTIVA DE LA PALABRA DE DIOS.

¿Cómo recibir activamente la Palabra de Dios?

INTRODUCCIÓN

“Por todo ello, no cesamos de dar gracias a Dios, pues al recibir la palabra de Dios que os anunciamos, la abrazasteis, no como palabra de hombre, sino como lo que es en realidad, como palabra de Dios, que permanece activa en vosotros, los creyentes”. (1 Tes.2,13)

La carta a los Tesalonicenses se inicia con una solemne “acción de gracias”, pues Pablo tiene presente ante Dios Padre la obra de la fe, los trabajos de la caridad y la “paciencia en el sufrir”, que da a los tesalonicenses la esperanza en Jesucristo(1,3).

El Evangelio no es solamente la predicación, es la economía nueva de la salvación, la fuerza misma de la salvación. La acogida favorable dispensada por los tesalonicenses al Evangelio de Pablo, es signo de su elección. Es Dios quien abre el oído del discípulo (Is. 50, 4ss) para acoger su designio de salvación. La escucha de la Palabra presupone siempre el trabajo del Padre en el corazón del hombre. La cerrazón y el rechazo del hombre ante la Palabra significa la dureza del corazón anunciada por los profetas.

La experiencia de la Palabra y de la elección conducen al “gozo del Espíritu”. Predicada con el poder del Espíritu, la Palabra desencadena la alegría del oyente, quien queda iluminado. Ve la Verdad y la acoge sin recular ante las tribulaciones, como lo hiciera el mismo Pablo y con anterioridad temporal y cualitativa el Siervo.

Es necesaria la conversión continua que incluye la fe y el servicio del Dios vivo y verdadero en los hermanos, expresión del amor; también reclama la tensión de la esperanza. Esta conversión introduce en “los padecimientos” de la Palabra encarnada.

Pues no hay acogida auténtica de la Palabra sin entrar en comunión con los padecimientos del Verbo encarnado. La sabiduría de Dios se revela en el “logos” de la

Cruz. Quien la acoge por el Espíritu y quien la predica en el Espíritu debe aceptar entrar en comunión de vida con la misión y el destino de la Palabra que viene de Dios para fecundar la tierra (cf. Is 55,10-11).

Pero no es menos verdad, que la Palabra, comparada a la semilla, al grano de trigo, debe caer en tierra y morir para producir un fruto abundante (cf. Jn 12,23-26; Is 53,10-11). Los sinópticos nos recuerdan la parábola del sembrador y su interpretación. Quien carece de hondura, de raíces, pronto se cansará de la Palabra, aunque la acogiera con alegría. Las riquezas y placeres de este mundo terminan por ahogar la Palabra en no pocas personas (Mt 13,3-9.17-23; Mc 4,3-9.13-20; Lc 8,5-8.11-15). El Maligno, la superficialidad y el confort se oponen a la recepción fecunda de la palabra de Dios.

Partiendo de las intuiciones de la 1 Tes. intentaré presentar en cuatro tiempos mi reflexión sobre cómo acoger la Palabra de Dios para que produzca fruto abundante en cada uno de nosotros.

En el primer momento, presentaré la escucha del Siervo, tal como la anunciara el profeta Isaías y Jesús la llevase a cumplimiento. Es una acogida radical del logos por la carne.

El segundo momento, lo dedicaré a ver cómo Pablo recibió la Palabra en su condición de discípulo y apóstol. Fue puesto aparte para el Evangelio de Dios.

Importa también ver cómo las comunidades apostólicas y nuestras comunidades hoy acogen la Palabra en sus contextos sociales e históricos.

Entraremos, por último, en la reflexión de cómo hoy estamos invitados a trabajar con lucidez en la acogida de la Palabra liberadora y fecunda de Dios.

Este itinerario nos conducirá a descubrir el sentido e importancia de la oración, la prioridad absoluta de la Palabra, las dificultades propias de la carne para acoger “al Dios vivo y verdadero” de quien proviene la “verdad y la vida” que es la Palabra hecha carne.

1.1. EL SIERVO EN SU CONDICIÓN DE DISCÍPULO.

(Is.50,4- 51,8)

El Señor Yahvéh elige al Siervo para llevar a cabo su obra de salvación. No ha repudiado a su pueblo. Suscita al Siervo profeta para que lo conduzca a la luz, consuele a los verdaderos hijos de Abraham y conduzca lleve a las naciones a la libertad y la justicia. Así lo ha determinado el Señor y para ello suscita a su Siervo, a quien ha modelado desde dentro para la misión.

El Siervo recibe “lengua de discípulo” o de iniciado para hacer saber al cansado una palabra de aliento. El Señor “espabila el oído” del Siervo cada mañana para que escuche como discípulo, como iniciado. La iniciativa de Dios en la vida del Siervo se manifiesta en la escucha y la palabra del Siervo. El Siervo no opone resistencia a la Palabra: tal es su justificación. Se identifica de tal manera con la Palabra que se convertirá en la Palabra decisiva y liberadora para su pueblo, si la acoge con fe.

Pero, esta palabra proveniente de Dios, lo introduce en un combate. Será injuriado, aunque él no resistirá a las injurias humanas pues sabe que compartirá así el camino victorioso de la Palabra creadora de Dios y Padre. El siervo se siente elegido y en comunión con Aquél que le hace saber su Palabra.

Esta profecía se cumple con radical novedad en la existencia, misión y destino de Jesús de Nazaret. Él es el profeta de los últimos tiempos, el Siervo, el Ungido, la Palabra encarnada. ¿Qué comporta esta profecía de Jesús? En el prólogo de S. Juan se dice que la Palabra es anterior a todo y realiza cuanto anuncia. El creyente tiene que plantearse si lo cree o no. Lo primero no es la acción, ni el mundo, ni las personas, ni yo, lo primero es la Palabra de Dios. Acoger la Palabra en la vida que nos puede remodelar continuamente. La Palabra de Dios es creadora “hace todo nuevo” (también a nosotros). Es reveladora, comunicadora (se nos da gratuitamente). Dios sale a mi encuentro en la Palabra y yo me abro o me cierro. Es salvadora, nos introduce en la luz y la vida. Y nos suscita también a nosotros. Nuestra vocación se inserta en la del Siervo: llevar la luz, condición misma de la existencia y de la vida. Para hacer saber al pueblo una palabra de aliento y de consuelo.

Jesús se deja recrear continuamente por la Palabra. Ante la imposibilidad de recorrer toda la existencia del Jesús histórico, nos centraremos en algunos momentos claves de su misión.

BAUTISMO Y TENTACIONES:

Para Jesús acoger la Palabra de Dios es un acto de obediencia. Impulsado por el secreto deseo de llevar a cabo la justicia de Dios, Jesús fue de Galilea al Jordán para ser bautizado por Juan. Éste intenta impedirlo, pero él contestó: “Déjame ahora, pues conviene que así cumplamos toda justicia”(Mt. 3,15). La respuesta es significativa . La justicia se encuentra en la obediencia al “designio” de Dios.

Bautizado, Jesús recibe el Espíritu de Dios, viene a posarse sobre su carne, y oye una voz venida de los cielos: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco”(Mt. 3,17). Esta es la palabra clave que Jesús debe recibir y cultivar a lo largo de su existencia de Enviado. Su identidad, misión y destino se encierran en esa Palabra que viene del cielo.

Lleno del Espíritu Jesús abandona el Jordán y es conducido por el mismo Espíritu Santo al desierto. Es el espacio del “silencio y de la interioridad” en el que debe hacer suyo el designio del Padre, en el que su “carne” debe acomodarse a la Palabra, en el que debe hacerse “Palabra” para todos. De inmediato entra en juego “el diablo” para arrebatarse, si posible fuera, la Palabra. Para establecer un divorcio entre la carne y la Palabra. Jesús vence a Satán y se entrega sin condiciones a la Palabra. El camino de la carne es un camino de obediencia, de humildad confiada en Dios, de adoración y servicio al único Dios.

Y nosotros ¿cómo trabajamos en este plan de salvación? Supone entrar en un camino de “rebajamiento” permanente. En el silencio del desierto, en la interioridad, en la lucha, en la prueba, para que nos decidamos bien en torno de nuestra identidad. Para que decidamos si vamos a vivir de nosotros mismos o de la Palabra de Dios. A vivir consintiendo en el designio de Dios, aceptando el camino del Siervo para llevar a cabo el proyecto del Padre. Escuchar la Palabra de Dios es muy arriesgado. Significa concederle autoridad absoluta a Dios en nuestra vida. ¿Somos realmente creyentes?

Jesús es el camino para ir al Padre (1 Jn 4,9-10). Transmite lo que oye del Padre. Hace lo que ve y escucha al Padre. Interiorizó esto hasta tal punto que “quien ve Jesús ve al Padre”. Es el oyente perfecto del Padre.

Jesús vivió todo esto con una tensión continua y a veces dramática. Fue un aprendizaje doloroso. Lo vivió a veces con lágrimas y gritos y tuvo que aprender continuamente el camino de la obediencia. (cf. Carta a los Hebreos).

Si no lloramos y gritamos es porque hemos acomodado la Palabra de Dios a nosotros. La Palabra desborda siempre nuestras capacidades y no llegamos a entenderla hasta después que la hemos realizado plenamente. Escuchamos más nuestras razones. La Palabra nos lanza siempre a lo desconocido, no conocemos de antemano el designio del Padre.

Jesús sustenta toda su vida con la Palabra del Padre. Entregarse a la Palabra es entregarse al plan de Dios y Dios ha querido salvar a la humanidad a través de la cruz. Espontáneamente no seguimos esos caminos por eso la lucha y la tensión, interna y externa. Nuestra humanidad encontrará siempre resistencias, pero hay que perseverar en el camino y en la lucha.

Jesús es la Palabra del Padre, hecha carne. Escuchar a Dios consiste para nosotros en escuchar y acoger a Jesús como la Palabra hecha carne. Darle autoridad en nuestras vidas. “Señor, ¿qué quieres que haga?” Pero a Jesús resulta difícil escucharle. Todos nosotros nos entusiasmos un día con Él y después confrontados con la realidad de Jesús, como los discípulos, nos decepcionamos.

“¿También vosotros queréis marcharos?” Pedro le respondió: “Señor, Tú sólo tienes Palabras de vida eterna”.

La Palabra de la cruz es escándalo para la razón. Los discípulos negaron a Jesús porque no permanecieron en la oración y la vigilancia.. “El espíritu está pronto pero la carne es débil”. Hay que orar y vigilar mucho. El auténtico seguidor de Jesús tiene que hacerse oyente de la Palabra. Pedir a Dios un oído de discípulo supone silencio interior, interioridad. Queremos tener labios de

discípulo, ser profetas, pero el verdadero profeta es el oyente de la Palabra y transmite esa Palabra. Camino dificultoso y arriesgado. Identificarse con la Palabra supone ser acogido y rechazado con la misma Palabra. Jesús confiaba radicalmente en el Padre que lo sustentaba en las dificultades.

La escucha del Siervo es pues la medida de una escucha auténtica en la fe. Todo el ser del discípulo se halla implicado. Y en su vida se precisa un solo objetivo: llevar a cabo la Palabra que el Padre le ha confiado al formarlo y elegirlo. Su vida estará fundada sobre roca (Mt 7, 21-27), sus frutos serán abundantes y perennes (Jn 15,1-16). Así glorificará al Padre y será un auténtico discípulo de la Vid Verdadera.

1.2. PABLO ACOGE Y TRANSMITE LA PALABRA.

(1 Tes. 1,6)

EL APÓSTOL COMO OYENTE DE LA PALABRA

Como el apóstol Pablo y los tesalonicenses, todos nosotros podemos hacernos oyentes y servidores de la Palabra. Pablo dice que “han abrazado la Palabra con gozo del Espíritu Santo, en medio de muchas tribulaciones”(1 Tes. 1,6). Esas palabras reflejan de alguna manera la misma experiencia de Pablo y la misma experiencia de Jesús de Nazaret, y es que la acogida de la Palabra en el Espíritu, suscita gozo, el gozo mismo del Espíritu. Sin embargo, ese gozo se da “en medio de las tribulaciones”. En las Escrituras encontramos siempre la paradoja, pues el gozo del Espíritu no se opone a las tribulaciones, ni las tribulaciones al gozo.

Jesús abrazó el designio del Padre en medio de muchas tribulaciones. Y aunque no lo haya notado explícitamente, la alegría no le abandonó en medio del drama. El gozo y la tristeza le acompañan hasta la muerte. Esto es importante porque no podemos ser ingenuos. Si no hay gozo falla algo y si no hay tribulación también, algo falla.

Pablo vivirá en esta misma perspectiva. Dice, por ejemplo, en la 2 carta a los Corintios cap.1: “Pues, así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, igualmente abunda también por Cristo nuestra consolación”.

¿Cómo Pablo acoge la Palabra de Dios y cómo se pone al servicio de esa palabra? (Eso es la recepción activa. No solamente escuchar, sino escuchar y ponerse al servicio de esa palabra). Para entender bien como Pablo acoge la Palabra conviene no perder de vista que hay un cambio de identidad en él, se produce un cambio de identidad. La Palabra transforma la identidad de Pablo y esa transformación va a proseguirse a lo largo de toda su vida y de toda su existencia. Es una palabra que le configura continuamente y que le está configurando a lo largo de la vida.

Saulo era un hombre conocedor de las Escrituras. Y sin embargo Saulo iba en contra de la Palabra, era un hombre celoso de las tradiciones de sus antepasados y en nombre de ellas se oponía a Dios. Él mismo decía que era ignorante. Se oponía a la Palabra. Se puede ser muy ilustrado y muy ignorante. Se puede conocer muy bien las Escrituras y no haber acogido la Palabra de Dios. Se pueden escudriñar las Escrituras e ir en contra de la Palabra de Dios.

Saulo en el camino de Damasco “escucha una palabra”. Pablo acoge esta palabra abriendo un diálogo. Es el diálogo que le ofrecerá el camino de la Salvación. Y en ese diálogo hay dos preguntas fundamentales. Primero “¿Quién eres, Señor?” Con lo cual Pablo subraya su ignorancia profunda. (Y ante la Palabra de Dios nosotros tenemos que situarnos siempre como un aprendiz, no sabemos. Es una tragedia porque creemos saber la Palabra de Dios. Pero, si es una palabra viva y operante no la conocemos). Y segunda pregunta “¿Qué quieres que haga?” Es concederle en el fondo una autoridad total. Es entrar en la obediencia a esa palabra. Y Pablo se pone en camino y cambia radicalmente. Jesús no le va a dar respuestas. Jesús sólo responde a la primera pregunta “Yo soy el que tú persigues”, para el resto Saulo es reenviado a la comunidad. Pablo tiene que escuchar la Palabra de Dios en la comunidad de los discípulos, no es una escucha individual solamente.

Esta escucha de la Palabra supone un cambio radical en Pablo. Ese cambio lo traducimos en tres aspectos que muestran si somos realmente oyentes de la Palabra o no.

Primer cambio: Saulo acepta una nueva identidad para su vida.

Saulo acepta que será un instrumento de Dios para que lleve el nombre de Jesús a todas las gentes. Es un cambio de identidad que se expresa en el mismo nombre. Saulo pasará a ser Pablo. El perseguidor pasará a ser discípulo. Ese cambio de identidad es fundamental. Para Saulo escuchar la Palabra es dejarse identificar por otro, recibir la identidad que viene de la Palabra misma hecha carne. Aquí estamos ante una cuestión enorme cuando escuchamos la Palabra de Dios ¿Cómo recibimos nuestra identidad continuamente de Dios?

Recibimos nuestra identidad directamente de Dios. La vocación es recibir la identidad de Dios y no fabricármela a mi mismo.

Segunda cuestión: Pablo se va a identificar totalmente con la Palabra. Él se pone al servicio de la Palabra y la suerte de la Palabra será la suerte de Pablo por eso, su gozo, su alegría es compartir la misma suerte de la Palabra. Y conocemos cual es la suerte de la Palabra de Dios. Entra en el mundo y los suyos no la recibieron. Crea una contradicción permanente en el mundo, una tensión permanente. Cuando no creamos tensiones y dificultades en nuestro mundo algo falla. Porque correr la misma suerte de la Palabra es siempre arriesgado.

Tercero: Pablo va a trabajar y cultivar ese don permanentemente. Reinterpreta todas las Escrituras a la luz de la muerte y resurrección de Jesús. Es impresionante el trabajo de Pablo. Se consagró durante años y años en el desierto de Arabia a estudiar la Palabra. Igual que Santo Domingo, trabajó intensamente y se consagró al conocimiento de la Palabra que tenía que anunciar. Si no existe ese trabajo profundo nunca recibiremos la Palabra. Hay que cultivarla continuamente, buscarla e indagarla. No se trata de trabajos intelectuales, sino de entrar en la “inteligencia profunda de la Palabra”. La oración de Pablo es eso es un “leer dentro de la Palabra”, y todos los santos, por ejemplo Santo Tomás y otros, son hombres que entraron profundamente en la “inteligencia de la Palabra”.

Veamos ahora cómo Pablo se puso al servicio de la Palabra de Dios. Dos aspectos fundamentales:

1º Pablo le dio a la Palabra una autoridad absoluta. No quiso saber otra cosa que Jesucristo y éste crucificado. Nos recuerda que él no trafica con la Palabra de Dios. (2 Cor. 2,17). El apóstol es un hombre que somete su decir y su hacer a la Palabra de Dios. Acto de sometimiento y de obediencia. No busca decir algo de sí mismo, sino hablar de Dios.

2º Pablo no tiene otra misión que llevar la Palabra a los hombres. Y llevar la Palabra de Verdad. La totalidad del mensaje de Dios. Se esforzará por llevar la totalidad del mensaje. No lo que a él le gusta o le complace, sino la totalidad. Texto importante para caer en la cuenta de esto es el de Hech, 20. Pablo se sitúa como testigo de la Palabra de Dios. El ministerio de la Palabra es eso, ser testigo de la Palabra de Dios, no es hacer cosas sino ser testigo de una Palabra que viene de otro. Podríamos hacer muchas cosas y no ser testigos de la Palabra. Pablo trabaja para que los hombres se abran a la Palabra, con lágrimas, con súplicas etc. Es un trabajo bien difícil.

Pablo se esforzó por conocer el designio de Dios y comunicarles todo el designio de Dios. Esto es una responsabilidad grande para nosotros. Anunciar todo el designio de Dios, como lo hizo también Santo Domingo que luchaba contra la herejía que parcializaba el designio de Dios; para eso había que indagarlo, estudiarlo. Como el P. Coll también quiso transmitir todo el designio de Dios.

Hoy se habla mucho en la V.R. de refundación, esto debe ser hecho desde el carisma, desde la novedad del carisma en su totalidad. La parcialidad no renueva nada, aunque pueda revestir formas de entusiasmo como las sectas.

¿Qué le permitió a Pablo acoger la Palabra y vivir en esa novedad permanentemente? En primer lugar el encuentro con el resucitado. La iniciativa no fue de Pablo sino de Jesús. Y después dejarse conducir por el Espíritu de Dios. Pablo tiene conciencia de que el Espíritu es el que le va a renovar continuamente. Y caminar en el Espíritu es entonces, un trabajo de discernimiento continuo, de apertura continua, de dejarse enseñar, día tras día por el mismo Espíritu.

Sólo en el Espíritu de Jesús podemos acoger la Palabra y adentrarnos en la totalidad de la Verdad. Nos lo prometió el Señor y así es como avanza nuestra vida también. ¿Cuáles son las conclusiones?

Pablo se dejó poseer por la Verdad de Dios, por el Evangelio de Dios. Dejarse poseer por la Verdad. Acoger la Palabra de Dios es dejarse poseer totalmente por otro. Es tener un corazón casto que se deja poseer por la Verdad de Dios. Verdad que nos libera radicalmente para el amor y la acción. Si nos abrimos a la Palabra haremos más y con mayor profundidad. La verdad de Dios nos libera para la acción, como lo hizo con Pablo y con todos los grandes santos, hombres o mujeres contemplativos y de acción.

Seguro que ganará nuestra acción en amplitud e intensidad si dedicamos tiempo a acoger la Palabra de Dios en comunidad. Esto es lo principal lo demás es secundario. Nosotros invertimos normalmente los términos y consideramos prioritaria la acción, esto es falso.

Una segunda conclusión, acoger la Palabra de Dios implica siempre un doble movimiento en el apóstol, un movimiento de apertura radical para que Cristo entre en nosotros, para que la Palabra habite en nosotros, en toda su identidad y en todo su dinamismo. “Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones”. Segundo movimiento, uno tiene que salir de sí mismo para entregarse a la Palabra, no basta con abrirse, tiene que salir para pertenecer a otro, por eso el oyente de la Palabra es alguien descentrado radicalmente de sí mismo “ya no soy yo que vive es Cristo que vive en mí”, y el oyente de la Palabra está en un éxtasis permanente, está saliendo de sí para ir a otro.

¿Cómo crear las condiciones para que se de esto? Una tercera consecuencia, Pablo vive para la Palabra, vive polarizado en la Palabra, para transmitirla, para comunicarla. ¿Por qué estamos polarizados nosotros?

Cuarto aspecto, Pablo es un hombre realizado por la Palabra, pues la dejó trabajar en él. Los santos son hombres profundamente realizados ya que la Palabra de Dios tiene poder de realizar en nosotros lo que anuncia. “Hágase en mí según tu Palabra”, esa palabra tiene poder de hacer lo que anuncia.

Una pregunta tan sólo ¿Hemos creído que Dios puede hacernos sus testigos en el mundo con nuestras fragilidades y pecados? Pablo fue un hombre realizado. Santo Domingo también ¿y nosotros? Vivir abiertos a la Palabra es vivir abiertos a una realización que sigue otros caminos y otras leyes de realización. Fundar nuestra autonomía en la obediencia a la Palabra.

1.3. LAS COMUNIDADES RECIBEN LA PALABRA.

¿Cómo las comunidades cristianas reciben la Palabra y se ponen al servicio de la Palabra? Es válido en general pero sirve también para las comunidades religiosas. La Iglesia es la comunidad de los llamados, de los convocados y hemos sido llamados en primer lugar para escuchar la Palabra de Dios y caminar según esa Palabra. (Jos, 24; Ne 8,1-18).

La existencia de la comunidad es obra de la Palabra de Dios. Es la Palabra quien la reúne, quien la finaliza y la sostiene en el camino. La Iglesia antes de reunirse para hacer cosas se reúne para acoger la Palabra de Dios. ¿Cómo podríamos poner en práctica el designio de Dios si no lo conocemos? ¿cómo conocer el designio de Dios si no escuchamos? No nace de nuestra reflexión sino que viene de Dios. El hombre no crea la Verdad la recibe de Dios. Esto es sumamente importante porque con frecuencia creamos nuestras verdades. ¿Cómo conocer esa verdad si juntos no discernimos y no buscamos?

1°) La comunidad nace de la escucha (Hech 2,41; 2,47). ¿Cómo ha reunido Jesús a la Iglesia, a su comunidad? Jesús salió a los caminos y convocó a la comunidad. El origen de una comunidad religiosa se encuentra en la Palabra, no en la decisión de unas personas; se encuentra en la Palabra que salió y nos convocó, y hay que seguir esa Palabra cada día, no nuestros sentimientos, no nuestras generosidades, sino la Palabra.

Dios tiene siempre la iniciativa. La Palabra sale al encuentro de los hombres y solicita de ellos una respuesta. Solicita una adhesión de todo el ser.

La comunidad religiosa también se forma así, la Palabra convoca y uno tiene que dar su adhesión a esa Palabra. Y en ella, a través de ella, doy también mi adhesión a los miembros de esa comunidad convocada por la Palabra de Dios. Me gusten o no me gusten. La comunidad se reúne en torno a la Palabra, no en torno a proyectos a acciones etc. Sino en torno a la Palabra. La Palabra de Dios nos congrega para que seamos testigos de ella en el mundo, para que la anunciemos a todas las partes y a todos los hombres.

2º) La Palabra de Dios se desarrolla en la comunidad, toma cuerpo en la comunidad. De esa forma la comunidad es germen del Reino, es obra de la Palabra, es un misterio, un organismo vivo que está naciendo y desarrollándose constantemente (1 Pe. 1,22-25). Cuando una comunidad no escucha y no desarrolla la Palabra muere en su dinamismo y en su testimonio.

Para que la Palabra se despliegue en la comunidad se requieren actitudes fundamentales:

- Una comunidad debe acudir asiduamente a la enseñanza de los apóstoles. Sólo se puede entrar en comunión con la Palabra a través del testimonio apostólico. (Traducido en lenguaje sencillo, “la lectio divina”, es preciso practicarla; no basta lectura espiritual de segunda mano). Contacto directo con la Palabra de Dios.
- Situarse como discípulos de una Palabra que siempre es nueva, y siempre es antigua, el discípulo es siempre discípulo de una tradición, de la tradición de Dios. No podemos interrumpir la tradición, que no es ser tradicionalistas, es entrar en la tradición que arranca de Dios y nos conduce hasta el final.
- Acoger la Palabra implica una actividad de la inteligencia y del corazón para descubrir su frescura y su novedad. Ella brota siempre nueva de Dios que no conoce la caducidad o el envejecimiento. Tengo que trabajar para acoger la Palabra de Dios. La superficialidad es un pecado que se paga muy caro. Hay que trabajar para buscar la Verdad. Hay que dejarse guiar por el Maestro interior que es el Espíritu.
- Si la Palabra trabaja nuestras comunidades nos dará un impulso de amor, de comunión y de libertad para la acción. Nos dinamizará

profundamente. Una comunidad de escucha es una comunidad que arriesga continuamente.

3°) La comunidad cristiana está al servicio de la Palabra (Hech 4,29-31).”Los apóstoles predicaban la Palabra de Dios con valentía”. ¿Qué implica este predicar la Palabra de Dios con valentía? Cuatro aspectos fundamentales:

- La comunidad cristiana sale a las plazas públicas a dar testimonio de que Jesús es el Señor. Predicar la Palabra significa decir que Jesús es el Señor. Y nada más que Jesús. Esto es duro en nuestro mundo y encontramos una dificultad esencial, todo el mundo quiere ser señor de sí mismo, y si le decimos a los demás “tú no eres señor, o señora” creamos un conflicto.
- El testigo de la Palabra tiene que identificarse con la Palabra y transmitirla fielmente sin proyectarse él mismo en la Palabra. Sin utilizarla jamás. Todos tenemos la tentación de servirnos de la Palabra. A un administrador se le pide ser fiel, transmitir correctamente y fielmente la Palabra, aunque uno sea juzgado por esa misma Palabra que transmite.
- La comunidad que anuncia la Palabra tiene que aceptar sufrir persecución en el mundo y ser rechazada. La cuestión decisiva es si nosotros anunciamos bien la Palabra.
- La comunidad tendrá que trabajar en el discernimiento haciéndose una pregunta muy sencilla pero que es exigente ¿estoy realmente en la verdad? ¿estoy sirviendo la Verdad de Dios si o no?

La cuarta parte la harán ustedes respondiendo a unas preguntas.

1.4. ACOGER HOY LA BUENA NUEVA DE LA PALABRA.

1. ¿Qué conciencia tienen los hombres de hoy de estar ante la Palabra viva y operante Dios, cuando leen las Escrituras o escuchan la predicación de la Iglesia?
2. ¿Cómo se sitúa el hombre moderno ante la “autoridad y libertad” de la Palabra de Dios?
3. ¿Qué posibilita o dificulta la escucha y recepción activa de la Palabra de Dios en nuestras comunidades? ¿Por qué?
4. ¿Qué posibilita u obstaculiza que la Palabra fructifique?
5. ¿Qué condiciones desarrollar en nuestras comunidades para que se conviertan en lugares de escucha de la Palabra en la liturgia, en la Iglesia, en las Escrituras y en los acontecimientos?.

2. EL CULTIVO DEL DON DE LA VOCACIÓN

¿Cómo cultivar el don de la vocación?

INTRODUCCIÓN

“Dios nos eligió en la persona de Cristo para que fuésemos santos e irreprochables ante él en el amor”. (Ef. 1, 4-14)

La respuesta a esta pregunta, en apariencia sencilla, exige ante todo una reflexión seria sobre el sentido del hombre en el mundo. Su identidad y su misión; su realización en la historia y a través de la historia. No reflexionamos a partir de la psicología ni de la sociología ni siquiera de la antropología aunque se tengan en cuenta, nos situamos desde la fe y desde la autoridad de la revelación en Jesucristo. La dimensión de fe es el soporte para comprender que la vocación es un diálogo que se juega entre Dios y el hombre. Ni la psicología ni la sociología pueden dar cuenta en última instancia de ese diálogo.

La Palabra de Dios va a penetrar hasta lo más profundo de nosotros para saber si nos decidimos o no, es un problema de decisión, si le concedemos autoridad a la Palabra de Dios o no, por eso lo primero es la Palabra. Una Palabra incisiva (ver Heb. “Palabra viva y eficaz, y más cortante que espada de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los pensamientos y sentimientos del corazón”. La Palabra de Dios se dirige al corazón, al último núcleo de la personalidad y es ahí donde se van a jugar las cosas, si la aceptamos o no.

La vocación no parte del hombre sino de Dios. Tiene su inicio en Dios. Antes que el hombre pueda pronunciarse por su destino el Señor de cielos y tierra lo conoció, lo amó, lo eligió y lo destinó. (Gál 1,15-16) nos lo recuerda bien. Pablo recuerda así que la vocación se halla inicialmente en Dios, no en nosotros. Y el hombre no conoce de entrada esa vocación, la irá descubriendo en la vida progresivamente, se la irán mostrando. Es necesaria una revelación para conocer nuestra vocación y esa revelación acontece a través de mediaciones muy variadas. Es necesario discernir la vocación para que no sea un espejismo y poder estar seguros moralmente de que Dios llama.

Cuando alguien se empeña en tener vocación es un signo de que no la tiene. La vocación supone siempre acoger el que otro me llame. Hay que estar disponible para discernir.

Toda realidad está atravesada por el signo de la vocación. La creación misma es una convocación. La revelación nos recuerda que Dios llamó a la existencia a todo, lo convocó de la nada por la Palabra. “Dios dijo y se hizo”. Es una convocación. Dios es el que da el ser y el que marca el destino de todas las cosas. No son los hombres los que pueden dar el sentido a las cosas, es Dios el que da el sentido. Dios convocó todo. El origen, la meta y el camino a seguir para todos viene de Dios y no de los hombres.

Este es el gran problema que tenemos hoy en la Evangelización. El mundo actual desde el existencialismo y otras filosofías piensa que es el hombre el que da sentido a todas las cosas, olvidamos que el mundo es un convocado, fue convocado de la nada por Dios y Dios le asignó su destino. Y la verdad de todo viene de Dios, no de ellas mismas, no de nosotros. El mundo tiene un sentido y una finalidad que no son suyas le viene de Dios. La verdad de las cosas no es la que dice la mayoría, nosotros no creamos la verdad. Se pierde la pasión por la verdad y por acoger la verdad.

Cristo resucitado es el “Primogénito de la creación”. Todo fue creado en Él y para Él. El mundo tiene su origen, consistencia y destino en la Palabra encarnada (cf. Ef. 1,10; Col.1,16-17). La creación, por tanto, debe ser vista en su perspectiva de “convocada” a realizarse en el Primogénito y por su medio en Dios, fuente y meta de todo. Dios creó todo para que fuera recapitulado en Cristo. Cristo es la medida de todo lo que existe, no es el hombre la medida, sino Cristo Jesús. Es en su luz que podemos descubrir todo valor y toda verdad. Todas las cosas están llamadas a perfeccionarse en Él.

Jesús es el sentido de la vocación y si le damos otro sentido no puede haber vocación. Podemos dar un dinamismo a las cosas que vayan en contra de la vocación. ¿Cómo pasan las cosas del no ser al ser? Por la Palabra potente de Dios. Porque otro las ha sacado del no ser. Cristo es el Primogénito de la creación. Si el mundo comenzó a existir por la Palabra, sin que el mundo fuera consultado porque no existía, quiere decir que el mundo tiene una meta y tendremos que descubrirla.

Si el mundo es un vocacionado tiene una misión también, porque no hay vocación sin misión y la misión del mundo no será otra que glorificar al creador. Alabar al Creador. El cosmos pues, es un vocacionado.

El pueblo de Dios nace de una vocación, de una convocación de Dios que está más allá de la carne y de la sangre. Nace de la vocación de Abraham y del hijo de la promesa. Si retomamos la 1 carta de Pedro 2, 9-10 leemos: “Vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa pueblo adquirido para anunciar las alabanzas de Aquél que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable, vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero ahora sois Pueblo de Dios, de los que antes no se tuvo compasión pero ahora, sois compadecidos”. El Pueblo de Dios, pues, brota siempre de la iniciativa divina y la Iglesia es el pueblo de los convocados de los llamados. Y todo cristiano es un llamado, es un convocado.

La Iglesia toda es un pueblo de convocados que está compuesto de muchas vocaciones, la religiosa también, entre otras. Su ser profundo y su finalidad están marcadas por aquél que la convoca. Y nosotros no podemos decir nunca así tiene que ser la Iglesia, la Iglesia la recibimos de Aquél que la forja todos los días con su Palabra y a través de su Palabra.

Este Pueblo de Dios, puesto que nace continuamente de la Palabra, recibirá siempre una misión en la historia. El Pueblo de Dios tiene una misión que está asignada por Dios y tendrá que desarrollarla continuamente. Y no hay más que esa misión, la misión del Pueblo de Dios. Todas nuestras vocaciones particulares tienen que insertarse en el pueblo de los convocados y en la misión de los convocados. Nuestra vocación y nuestra misión tiene que estar al servicio de la vocación y misión del Pueblo de Dios.

Si el Espíritu Santo ha enriquecido a la Iglesia con vocaciones es para desarrollar la única vocación y misión que es la del Pueblo de Dios. Nuestra tarea tiene que ser muy modesta y muy humilde. Estamos al servicio de una misión que nos engloba a todos. Nadie tiene una vocación y una misión al margen de la Iglesia. Si no estaríamos funcionando como sectas.

Todos los hombres y mujeres del mundo, en última instancia tenemos la misma vocación. El Concilio Vaticano II ha subrayado que no hay más que una vocación, la vocación divina. (G. Et S. 22). Todos somos solidarios en la misma vocación. Por eso, la vocación no es un “si quieres”, la podrás rechazar o aceptar, pero la tienes, tienes una vocación divina. “Tú sígueme” es un imperativo. Nos enfrentamos con la cuestión de si nuestra libertad consiente o no ante esta libertad de Dios.

Dios ha destinado a todo hombre a entrar en su vida y a ser uno con Él. Todo hombre ha sido destinado por Dios a reproducir la imagen del Primogénito. Todo hombre está destinado a realizar la misión que Dios espera de él y por eso la vocación aparece como una obligación ante Dios. Pero es también el camino de realización de la persona. Todo hombre se realiza en Dios y encuentra su plenitud en Dios.

La vocación es siempre esa llamada por la que Dios nos atrae hacia Él. Y nadie puede afrontar su futuro último si no es desde la vocación, desde esta convocación de Dios. Es verdad que el hombre puede decir no, pero es ahí donde él se juega su destino. Si Jesús ha venido al mundo es justamente para darnos la posibilidad de decir sí a la vocación. Si el Espíritu Santo nos ha sido enviado es para que los hombres podamos decir sí a Dios, para que la carne pueda decir sí a su vocación.

Si todo esto es verdad, sacamos tres conclusiones:

- la emoción o el deseo personal no basta. Poco basta que en un momento de mi vida pueda tener mucho entusiasmo y en otro decir no, porque Dios llama de una vez para siempre. Porque él así lo quiere.
- Es necesario discernir correctamente las vocaciones y aunque tengamos carencia y sequía de vocaciones no podemos aceptar cualquier cosa, porque traicionamos al Señor y a las personas. No podemos dejarnos conducir por espejismos. Una gente piadosa no es necesariamente una vocación para la vida consagrada. Hay que discernir si Dios llama, no unas cualidades solamente. Porque pueden no tener “cualidades” pero si Dios las llama. Toda vocación es discernida en nombre de la Iglesia que nos ha conferido esa tarea de discernir en su nombre, no somos propietarias de las vocaciones. Son de la Iglesia. Hay que empezar a trabajar en una pastoral vocacional desde el comienzo de la vida

humana. Ayudar a entender que hay que vivir como vocacionados, como llamados. En nuestra pastoral hay que ver como desarrollamos esta llamada a la vocación divina de todo hombre que está más allá de vida religiosa o no.

2.1. CULTIVAR LA VOCACIÓN DIVINA

Cultivar la vocación divina del hombre equivale a desarrollar las posibilidades que Dios depositó en Él al crearlo a su imagen y semejanza . (Si entendiéramos esto cambiaríamos nuestra pastoral y nuestro modo de evangelizar). La afirmación del Génesis conviene precisarla, Dios nos destinó a reproducir la imagen de su Hijo en el mundo. A todo hombre, lo sepa o no lo sepa, de ahí nace la misión, para recordarle lo que Dios ha depositado en él. (Rm 8,28-30).

Cultivar la vocación es desarrollar esa posibilidad de llegar a ser hijos de Dios. Nuestra meta no es otra que Cristo. Todo hombre que ha descubierto una vocación se hará seguidor de Jesucristo de una manera u otra. La obediencia es esencial en toda vocación. Todo llamado debe obedecer a la Palabra que le fija y le establece la meta. Hemos sido predestinados por Dios, justamente para realizarnos en Cristo.

¿Qué implica esta vocación como actitud de fondo? Reconocer que Dios es la Palabra que nos ha creado, que nos reúne y nos traza el camino a seguir. Por eso, si queremos educar en la vocación tendremos que educar en la docilidad a Dios. La vocación arranca de esta docilidad a Dios. La docilidad nos conduce al agradecimiento, al agradecimiento de saber que Dios nos ha creado y nos ha asociado a su obra. A su obra creadora y salvadora. La misión es una dignidad, es un honor. Colaborar con Dios en su obra.

Puesto que Dios nos convoca a estar en su presencia y a ser sus colaboradores debemos vivir siempre en la acción de gracias, estar en actitud de agradecimiento. La vocación la cultivamos fundamentalmente a través del reconocimiento y de la acción de gracias. No tenemos más obligación que la del amor, el amor es terriblemente exigente.

Un segundo aspecto dentro de la vocación divina es que Dios nos ha convocado a la santidad. A todo hombre y a toda mujer. Hay una vocación universal a la santidad. Esta vocación universal se puede explicitar de maneras diferentes.

Las grandes afirmaciones de Jesús se dirigían a todos: “Sed santos como Dios es santo” “sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” “sed misericordiosos como Dios es misericordioso”. Y esas palabras por la acción del Espíritu, resuenan en el corazón de todo hombre, aunque no siempre de forma distinta y clara.

Pablo llamaba a los cristianos “santos por vocación” (1 Cor.1,2; Rm 1,7). Por el bautismo los discípulos de Jesús fueron sellados y consagrados. Santo es el que pertenece a Dios. Y todos los hombres están llamados a pertenecer a Dios, a entrar en su amor. Reconocer que pertenecemos a Dios es lo que nos hace santos. Las consecuencias son: estar llamados a vivir desde Dios, insertos en el futuro que es Dios. Morir al mundo y vivir para Dios.(Rm 6,10-11; Ef. 2,1-10; 2 Tm 1,9 ; 1 Pe.1, 15-16).

El cristiano tiene que aprender a vivir en Cristo y a dejar que Cristo viva en él. La vocación a la santidad es una gracia muy grande. Es un don maravilloso, porque nos introduce en el mismo ser de Dios. La santidad es obra de Dios en nosotros y no una conquista nuestra. Es Dios quien nos trabaja. Dejarse trabajar por Dios, por la gracia, por el Espíritu, es una actitud de una gran pasividad activa. Y todos los bautizados tienen que descubrir ese camino de la gracia que Dios se abre en ellos. Las buenas obras son el signo de que Dios nos trabaja, la expresión de que Dios habita en nosotros. Pablo en Ef.2, nos recuerda que “en la gracia hemos sido salvados” “somos hechura de Dios para las buenas obras”. Hay que dejar que sea Dios el que realice en nosotros las buenas obras.

Pablo, como concreción de las buenas obras, en Filp.1,27 habla de “una vida digna del Evangelio de Cristo”. Y ¿Cómo vivir esa vida digna del Evangelio de Cristo? Varios puntos de las cartas paulinas que son de exhortación a los cristianos.

- Vivir de acuerdo con la voluntad de Dios (1 Tes. 4,1-3), se conjuga vocación y voluntad de Dios. “Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación”. Dios Padre obra la santidad en quien lo acoge. Dios Hijo es nuestra santificación. El Espíritu Santo es la unción que nos

consagra. Pablo cuando insiste en la voluntad de Dios, añade “ el que esto desprecia no desprecia a un hombre, sino a Dios, que os hace don de su Espíritu Santo”. La voluntad de Dios es vivir en el amor, vivir enraizado en Él mismo. Amor que supone siempre afirmar al otro antes que a uno mismo, no es sentimiento, no es generosidad, es amor. Dios no dudó de entregar a su Hijo. El amor consiste en entregarse para que el otro crezca. Si viviéramos esto en nuestras comunidades. Si los cristianos viviéramos este amor.. seríamos signo para todos. Vocación al amor, en eso consiste la vocación cristiana.

- Caminar siempre en la docilidad al Espíritu. Ya no podemos caminar según las apetencias nuestras sino ser colaboradores del Espíritu que va haciendo todas las cosas nuevas. Nos comprometemos a renovar todo cuando nos dejamos conducir por el Espíritu.
- Vivir en un dinamismo exigente que lo podemos traducir bien con el texto de 2Pe. 1,33-11. No necesita comentarios, sí ponerlo en práctica. “Poned el mayor empeño en añadir a vuestra fe la virtud, a la virtud el conocimiento, al conocimiento la templanza, a la templanza la paciencia en el sufrimiento, a la paciencia en el sufrimiento la piedad, a la piedad el amor fraterno, al amor fraterno la caridad. Pues si tenéis estas cosas y las tenéis en abundancia, no os dejarán inactivos ni estériles para el conocimiento perfecto de nuestro Señor Jesucristo. Quien no las tenga es ciego y corto de vista; ha echado al olvido la purificación de sus pecados pasados. Por tanto, hermanos, poned el mayor empeño en afianzar vuestra vocación y elección. Obrando así nunca caeréis”. Ahí el camino para afianzar nuestra vocación y elección.
- El cultivo de la vocación es siempre un cultivo eclesial, no podemos quedarnos en un cultivo individual. Cuando me desentiendo de mis hermanos no cultivo mi vocación, aunque sea muy piadoso. (Ef. 4, 1.6). A cada uno se le concede la vocación para los demás, y la santidad está en cultivarla juntos, porque todos somos miembros en el cuerpo de Cristo.

- Quien ha sido llamado por Dios tiene que vivir para Dios. Una vida para Dios implica una vida para su proyecto de salvación y consiguientemente para el servicio de los hermanos. (1 Tm 6, 11-16).

Lo que hemos dicho hasta ahora es para todos los cristianos, también para nosotros, por supuesto. Ahora hablaremos de la vida consagrada al servicio de la vocación universal a la santidad.

2.2. LA VIDA CONSAGRADA AL SERVICIO DE LA VOCACIÓN UNIVERSAL A LA SANTIDAD.

La vida consagrada no es para que nosotras seamos santas solamente, también, pero para que estemos al servicio de la santidad de toda la Iglesia. Nuestra vocación fundamentalmente es para que el Pueblo de Dios desarrolle su santidad y su vocación universal.

Si todo bautizado es un consagrado hay que especificar muy bien lo que añade la consagración religiosa a la bautismal. En los documentos del Vaticano II la profesión de los consejos evangélicos aparece como un *símbolo* que puede y debe atraer eficazmente a todos los miembros de la Iglesia a cumplir sin desfallecer los deberes de la vida cristiana. (L.G. 44, 47).

Acoger la vocación, el imperativo de Dios sobre mi vida, conlleva la recepción activa y libre, de una identidad que me es dada por Dios. Es Dios quien me fija el destino y el camino a seguir. Identidad, camino y destino los acojo de Dios y los acojo como un regalo, como un don. En la vocación el pasado y el futuro mío están englobados y abarcados. Dios al llamarme engloba toda mi existencia y no podría haber una respuesta a Dios si toda mi existencia no quedase prefigurada por la vocación.

En la vocación Dios me eligió en el seno materno, antes de que naciese, y me destinó a una meta que no viene de la industria humana. La vida religiosa está en

función de la vida de la Iglesia y de la vida del mundo y no en función del individuo. La vida carismática la Iglesia la colocó siempre en el nivel de la santidad de la Iglesia. Al servicio de la Iglesia santa y del desarrollo de la santidad de la Iglesia. Conviene tenerlo en cuenta para situarla ahí.

La Iglesia está llamada a ser santa porque santo es su fundador. Tiene que reflejar en el mundo la santidad de Cristo. Cristo trabaja sin cesar para presentarse una esposa sin mancha ni arruga y todos los ministerios y carismas han de contribuir a esta santidad de la Iglesia. La vida consagrada es un símbolo de lo que está llamada a ser toda la Iglesia y la eficacia de la vida consagrada es del orden simbólico. Por eso tiene valor en sí misma, no por lo que hace sino en sí misma.

Hay formas diferentes en la vida consagrada de expresar esa santidad:

1. El Reino de Dios se ha cumplido ya. Hay hombres y mujeres que anticipan en este mundo la santidad de la comunidad litúrgica celeste. Viven con las limitaciones e imperfecciones humanas como si estuvieran ya en el Reino. Cantan las alabanzas del Señor.
2. El Reino de Dios ya ha penetrado en el mundo. Es una realidad en el mundo. Hombres y mujeres que viven como signo de la acogida del Reino que ya ha penetrado en el mundo. Que fermenta ya entre nosotros y donde todos somos uno en Cristo. Es una presencia significativa de comunidades donde se vive según el dinamismo del Reino.
3. El Reino de Dios todavía no ha impregnado todas las capas de la sociedad y hombres y mujeres luchan y trabajan para que el Reino de Dios llegue a todas las capas de la sociedad y se vayan transformando, lo social, lo político, lo económico etc.

Hay vidas que acentúan una dimensión u otra. Cada una tiene su acento. Este trabajo simbólico está más allá del hacer, lo puede incluir pero está mucho más allá del hacer. Hay que seguir siendo símbolo toda la vida. Aún cuando el hacer desaparezca. Ser signos de la santidad de Dios que se juega radicalmente en el ser de la persona y de la comunidad. Ser signos de comunión.

Estamos fuera de lo común, y debemos aceptarlo así, somos hombres y mujeres seducidos y capturados por el ser más profundo de Dios que es Santo y han experimentado la imposibilidad de ser y vivir otra cosa que seguir este camino de vivir para el Señor.

La vida consagrada no aparece entonces como una exigencia, sino como un amor que se ha apoderado de nosotros. Si no hemos vivido esta experiencia de ser capturados realmente es difícil que podamos vivir esta nuestra vocación simbólica. Somos un símbolo y los símbolos a veces no son aceptados, pueden ser rechazados. Podemos no ser entendidos, ni comprendidos, podemos ser rechazados.

Esta seducción de Dios no lleva a ninguna negación. El célibe por el Reino no niega la bondad de la sexualidad ni del matrimonio. Si lo negase dejaría de ser símbolo. Valora la sexualidad, valora el matrimonio, pero él sabe que hay una alianza más profunda y por eso se entrega al amor de otra forma. El pobre por el Reino no niega la bondad de la creación, y sabe que somos responsables de crear bienes pero somos un memorial de que nuestra verdadera riqueza es Dios. Y si nuestra riqueza no es Dios ¿cómo vamos a ser un símbolo para los demás? El hombre y la mujer obedientes por el Reino no rechazan la libertad y la autonomía, las defienden, pero recuerdan que se fundan en el amor y deben desplegar el amor.

Quien entra en el camino de la consagración descubre que nuestra vocación es la libertad pero la libertad del amor no la del egoísmo. El célibe es una persona abierta al amor y a la comunión y si no, no es célibe, seremos solterones pero aquí estamos en otro terreno. El pobre enriquece a todos. No hemos hecho voto de austeridad. Una pobreza que no enriquece a los demás no nace del amor y por lo tanto no será un símbolo. El hombre y la mujer obedientes viven para reforzar la libertad de los demás no para recortarla.

El camino pues de la consagración es un camino de realización profunda para uno mismo y para los demás, pero una realización tal como se ha cumplido en el Hijo.

El camino del amor siempre realiza por eso vocación y realización coinciden. Hoy día en la Iglesia hablamos mucho de profetismo, pues si fuéramos símbolos seríamos profetas.

Se plantea la cuestión ¿dónde está entonces, el fundamento último de la vocación particular? El fundamento último no se encuentra en la generosidad de la persona, sino en la fe, en creer que Dios me ha llamado y en concederle total autoridad a Dios que pronuncia mi nombre, y dice “Tú, sígueme”. La fe nos permite permanecer también en los momentos de quiebra y fragilidad, porque hemos concedido a Dios plena autoridad en nuestras vidas. Y puede haber momentos dramáticos en nuestra existencia. Ahí es donde está el resorte de la fe para avanzar, el resorte mismo del amor, nos fiamos de Dios.

La vocación es misión. La misión está inscrita en la vocación misma. No somos misioneros porque hayamos recibido un mandato sino porque al llamarnos el Señor, nos confió la misión. Desarrollar la vocación es desarrollar la misión. (V.C. 25; 33).

La vida fraterna en comunidad es una vida para la misión. Y la vida comunitaria es misión en sí misma, porque cuando significamos la unidad en Cristo estamos proclamando el Reino de Dios. Los cristianos estamos pendientes hoy día de lo que el mundo capta de nosotros, como si el mundo fuese el juez ante el que tenemos que dar cuenta. Sólo tenemos que dar cuenta a Dios. Sí, tenemos que escuchar lo que nos dice el mundo pero no es él nuestra última instancia sino el Señor, y el símbolo puede ser rechazado. También Jesús lo fue.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN:

1. ¿Qué lógica domina hoy en nuestra sociedad: la lógica de la profesión o la lógica de la vocación? ¿Por qué se caracteriza una y otra?
2. ¿Cómo cultivar la lógica de la vocación en la educación y en la acción pastoral?
3. ¿Cómo vivimos la vocación religiosa al servicio de la vocación y misión del pueblo de Dios? ¿Qué consecuencias prácticas sacamos?
4. ¿Qué estamos llamadas a hacer para colaborar con la iniciativa de Dios que sigue llamando hoy?

3. CONVOCADAS A LA MISIÓN

¿Cómo llevar adelante la misión?

INTRODUCCIÓN

En esta reflexión intentaré centrarme en la misión, pero no quiero decirles lo de siempre, sino ver más bien como la misión brota de la consagración y la consagración es misión.

La misión se piensa, por lo general, en términos de envío y de acción. Hay un mandato que nos envía y una acción que expresa la misión. En efecto, en el Evangelio así aparece. Jesús fue enviado por el Padre a buscar lo que estaba perdido, a anunciar la Buena Nueva a los pobres, y toda su actividad fue congregar al pueblo de Dios de los hijos dispersos. En ese sentido, es claro que hay un envío y una acción. Su actividad fue grande y los Evangelios nos lo presentan siempre de camino. Recorría los caminos por eso un misionero nunca puede fijarse en un lugar determinado. Más todavía, Jesús añadía al movimiento, la palabra y el gesto, la acción. Eso será siempre verdad, la misión es eso.

Pero nos situaremos en otro terreno, porque una afirmación unilateral de esto nos ha llevado a ciertas confusiones dentro de la Iglesia y de nosotros mismos, por ejemplo, la acentuación exclusiva del envío y de la acción condujo incluso a teólogos a hacer distinciones dentro de la Iglesia entre vida contemplativa y vida apostólica, como si hubiera dos vidas, la vida contemplativa y la vida apostólica, Santo Domingo no lo hizo, no hizo esta diferencia entre contemplación y acción, pero nosotros ¿cuántas veces lo hacemos? Tenemos tiempo para la acción y no lo tenemos para la contemplación, y eso es una cuestión grave. Es verdad que no negamos la importancia de la oración pero no nos damos cuenta de que en la oración estamos realizando también la misión, que no puede haber esa dicotomía. Incluso en la vida religiosa se distinguió eso también, como si unos tuvieran que dedicarse a la alabanza y otros a la acción.

Por eso la misión tenemos que injertarla siempre en un doble ámbito, en primer lugar en la misión de la Iglesia. Es la Iglesia la que es depositaria de la misión y nosotros no somos más que instrumentos de la misión de la Iglesia. Como la misión de la Iglesia es amplia y desborda todas nuestras posibilidades tendremos que ser complementarios unos de otros para realizar la única misión. Todos tenemos, en última instancia, en la Iglesia, la misma misión aunque la realicemos de forma complementaria.

Los apóstoles fueron convocados y enviados juntos. Reciben el mismo envío, es en el mismo acto de convocarlos que la misión se da ya. (Os. 11,1).“De Egipto llamé a mi hijo”. Para ser signo de la liberación, de la presencia de Dios en el pueblo. Y Jesús llamó a los discípulos y les confió la misión (Mc. 3,13). Estar con Jesús y enviarlos es la misma realidad que se expresa de formas diferentes.

¿Qué nos está recordando esto? Nos recuerda que la misión se desarrolla siempre en la comunión. Que en última instancia, en el que es enviado tiene que llegar al encuentro de los hombres la persona misma del que envía. Entre Jesús y el Padre hay una comunión total y Jesús va a decir: “Quien me escucha, escucha al Padre” “Quien me ve, ve al Padre” “Las obras que yo realizo las realiza el Padre en mí”. Por lo tanto, en la misión tenemos que dar cabida y ser transparencia del que nos envía.

Ahora bien, si esa unidad tiene que darse entre el que envía y el enviado esto supone que no puede haber una misión más que en la comunión con el Señor. Y que no son las actividades o las cosas las que determinan si estamos en misión, estar en misión no es más que desarrollar la comunión. La comunión con Dios y la comunión con la Iglesia. Esto es ya una cuestión muy importante. Hay personas que se dan su propia misión. Y no es eso. Una misión que no nos mantenga y no nos haga crecer en la comunión no es misión.

Un paso más, Jesús aparece en el Evangelio, no solamente como el “enviado” sino también y ante todo como el “consagrado”. Jesús es el consagrado de Dios, el ungido de Dios. El Evangelio une consagración y misión, y cuando Jesús se defiende ante los judíos que le dicen que es un blasfemo porque se autoproclama Hijo de Dios responde: “A quien el Padre ha consagrado y enviado al mundo, ¿cómo le decís que

blasfema por haber dicho, yo soy Hijo de Dios?” (Jn10,36). Consagrado y enviado es una misma realidad. Todo el Evangelio nos lo recuerda. (Jn 6,69) Cristo es el Ungido, el Cristo de Dios. Jesús fue ungido por el Espíritu Santo para llevar la Buena Nueva a los pobres. El protagonista en la misión de Jesús es el Espíritu Santo. Esa unción es la que determina toda la existencia de Jesús de Nazaret, ungido por el Espíritu Santo y ungido para liberar a los oprimidos y anunciar la Buena Nueva a los pobres, es una unción para la misión. En Jesús no hay pues, dicotomía entre consagración y misión.

Más todavía, en Jesús lo que fundamenta la misión es la consagración y lo que hace posible su misión es su consagración. Fue ungido para la misión, y el momento culminante de la misión de Jesús se realiza en la entrega de su propia vida, sostenido por el Espíritu Santo (Heb. 9,14). Jesús no solamente recibió la consagración del Padre, sino que él mismo se consagró a Dios, y el cumplimiento de su misión es un acto de consagración de Jesús al Padre, él se consagró (Jn 17). La consagración en el fondo es un entregarse totalmente a Dios y a su plan. La misión Jesús la vivió como un acto de dedicación total al Padre y a su obra, se consagró en la misión y a través de la misión. En Jesús consagración y misión se identifican perfectamente. ¿Y en nosotros? ¿Cómo se identifican consagración y misión, vocación y misión?

Todo cristiano que piense seriamente en su bautismo es un consagrado y tiene que ser un misionero y si no, no vive correctamente la gracia bautismal. Nosotros no asumimos la responsabilidad misionera de los demás cristianos, tenemos que estar al servicio de la responsabilidad misionera de todo el pueblo de Dios. La consagración bautismal incluye la misión. Vivir esto es más exigente de lo que pensamos.

Vivir la misión no es hacer cosas sino entregarse totalmente al plan de Dios, y desarrollarlo según Dios nos asigna a cada uno de nosotros y evidentemente Dios no lo asigna a través de mediaciones. Pero no vamos a entrar ahora en cuestiones prácticas sino que vamos a plantear dos puntos.

1º Cómo vivir la vocación y misión integrándolas profundamente como en Jesús se integran .

2º cómo integrar consagración y misión.

3.1. VOCACIÓN Y MISIÓN

¿Cuáles son en última instancia los rasgos de una vocación misionera? ¿De una vocación para la misión? Todos los que somos llamados lo somos para una misión, pero en el misionero se producen unos movimientos que hay que tenerlos en cuenta, que no podemos verlos sólo a partir de Jesús sino de todos nosotros. Y les recuerdo algo sencillo, la vocación nos sitúa siempre en nuestro futuro, Dios nos llama para que lleguemos a ser lo que él ha determinado. La vocación no es algo que te da hoy y ya está, sino que es una meta que Dios te propone y que tú tienes que recorrer. Pues bien, recorriendo esa meta de la vocación es como recorreremos la misión y eso es lo que yo les voy a demostrar. Dios no me llama y me dice “ya eres religiosa de la Anunciata”.

Hoy está sucediendo un fenómeno muy curioso en los seminarios y noviciados que las personas parecen muy piadosas y buenecitas hasta que llegan a los votos y después, empiezan a independizarse de todo y empiezan a situarse como señores independientes. No han descubierto que la vocación no es un punto de llegada, sino que es un punto de partida y que el punto de llegada está en Dios, no en nosotros. Por eso, estamos llamados desde el futuro y llamados a devenir, a llegar a ser, y lo mismo sucede con el hombre, el hombre no es, el hombre se está haciendo constantemente, y se está haciendo desde su futuro al que Dios le convoca Y en ese realizarse es como cumple su misión.

En la vocación, el primer punto que se da, es que el Señor nos pide salir de donde estamos para ir hacia Él. Jesús pasó junto al mar y dijo “Venid conmigo”(Mc. 1,17). Pasó más tarde junto al despacho de impuestos y llamó a Leví “Sígueme”(2,14) Más tarde “subió al monte y llamó a los que él quiso y vinieron donde él” (3,13). Hay que salir para ir a Jesús. La fe es un ir a Jesús “Señor, ¿a quién vamos a ir?” Ahora bien, ¿de dónde hay que salir entonces?, de todo aquello que ha hecho nuestra vida, de nuestros oficios, del pasado y encaminarse hacia el otro, hacia el futuro. La vocación es estar siempre saliendo, siempre en camino, como la misión.

Más todavía, Jesús nos recuerda que es una palabra dirigida a todos “Venid a mí, todos los que estáis cansados y agobiados y yo os consolaré”. La convocación pues, a ir

a Jesús es lo que fundamenta la misión, y la vocación es un éxodo permanente, hay que estar saliendo siempre y aceptar la provisionalidad, y quien se instala quiebra la vocación y quiebra el dinamismo de la vocación.

La misión es salir continuamente y la vocación es lo mismo es un salir de mí mismo. Salimos de nosotros para adentrarnos en Dios, para adentrarnos en Cristo y para iniciar el movimiento mismo de Dios hacia la humanidad, para iniciar el movimiento de Cristo hacia los más alejados, porque el movimiento del amor que Dios va a poner en nosotros es para ir más lejos, a los que están más alejados. Y las instituciones religiosas tendrían que dar más cuerda y más dinamismo para ir hacia los demás, quizá nos hemos instalado demasiado.

Quien hace este movimiento ya es misionero, porque ese movimiento está recordando a todos que nuestra patria no está aquí que el lugar de descanso se encuentra en Dios mismo, que nuestra realización última no se encuentra en el mundo sino que se encuentra en Dios y ese es un signo profético que la vida religiosa tiene que expresarnos a todos y que nos lo tiene que recordar. Nuestra meta no está aquí. No solamente será hacer muchas cosas sino que vivir en profundidad el dinamismo de la vocación ya es misión y que cuando ya no tenemos energías para hacer muchas cosas, todavía tenemos esta posibilidad de significar y expresar este movimiento.

El discípulo del Reino es un hombre que está siempre en camino, que no ha llegado nunca y de esta forma nos recuerda a todos hacia donde nos encaminamos y también a los pobres hay que recordarles esto. Nuestra meta no es el mundo.

Segundo paso, Dios no nos ha convocado individualmente sino comunitariamente. La vocación no es individual, es comunitaria. Es personal pero no individual. Jesús convocó a los doce. Porque Jesús quería formar un pueblo que estuviese siempre en camino hacia el Padre, y un pueblo que se ayudase mutuamente a permanecer en el camino, por eso la definición de la Iglesia “somos un pueblo de peregrinos, de caminantes, que peregrinamos por el mundo hacia el Padre, entre los consuelos de Dios y las persecuciones”, no es un camino sencillo ni fácil, es un camino. Entonces, cuando vivimos la vocación juntos estamos viviendo la misión. Nuestras comunidades son misioneras no por lo que hacen sino por el dinamismo que viven de

estar en camino hacia el Padre, sí nosotros tenemos que irradiar la luz de Dios en el mundo viviendo ese camino de provisionalidad.

Este camino que tenemos que recorrer en comunidad, tiene unas leyes que Jesús establece para los discípulos del Reino y que si las viven serán ya un signo extraordinario para el mundo, serán una convocación. Estas leyes Jesús nos la presenta en las Bienaventuranzas, más ampliamente en todo el Sermón del Monte, pero yo me voy a limitar a las Bienaventuranzas para mostrarles como nuestras vidas tienen que imprimir ese movimiento misionero.

Las Bienaventuranzas del Reino no son más que la expresión misma de la vida de Jesús. Jesús vive, expresa, a lo largo de su vida las Bienaventuranzas. Los discípulos tienen que identificarse con el camino mismo de Jesús. Y recorriendo con Jesús el dinamismo de las Bienaventuranzas encontrarán y serán testigos de su misión.

Veámoslo brevemente.

1º Jesús nos dice que “seremos dichosos si vivimos pobremente”. “Dichosos”, vean que no es una cuestión de exigencias. La dicha y el gozo de ser pobre, es una cuestión de “vivir la gracia”. Lucas nos dice: “Bienaventurados vosotros los pobres porque vuestro es el Reino de Dios”(6,20). Eso quiere decir que Jesús se dirige a la comunidad que le está escuchando “vosotros los pobres”.

Ahora bien, ¿quién ha sido el pobre por excelencia? Jesús. Él encontró toda su dicha y su gozo en enriquecernos con su pobreza. Vivir las Bienaventuranzas es entrar en el gozo de Jesús para enriquecer a todos, con nuestra pobreza, y aquí se establece un dinamismo de contradicción pues nosotros queremos enriquecer a todos pero con nuestras riquezas, y ese no es el dinamismo de las Bienaventuranzas.

Pablo vivió lo mismo. Nos dirá, “somos pobres pero enriquecemos a todos”, y ese es el dinamismo, pues uno tiene que encontrar su alegría en la pobreza. Lo cual no va bien con nuestras caras, a veces, un tanto amargadas. ¿Cómo va el mundo a creer que son Bienaventurados los pobres, si nosotros que lo proclamamos, no encontramos gozo y alegría en vivir pobremente? Es esa Bienaventuranza que nosotros en el mundo expresamos, si lo viviéramos seríamos profetas en el mundo.

El profeta no es el que dice cosas extraordinarias sino el que transmite justamente y correctamente la Palabra de Dios. Esta pobreza de Jesús nace del amor, no nace de normas, sólo quien ama encontrará felicidad en ser pobre, es una cuestión de amor. Detrás de las Bienaventuranzas está Jesús y quien las vive, vive de Jesús .y testimonia a Jesús en el mundo, por lo tanto, es misionero.

2º “Bienaventurados los mansos”. Jesús nos ha dicho: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”. Jesús es la expresión perfecta de la mansedumbre por eso posee la tierra y alcanza a todos los hombres, hasta tal punto que su corazón está abierto a todos y puede decir “Venid a mí todos”. La mansedumbre y la humildad de corazón es la expresión más correcta, cuando somos críticos, mordaces etc. no estamos en el espíritu de las Bienaventuranzas, no es Jesús quien vive en nosotros. La vida consagrada en el fondo es tener un corazón dilatado e invitar a todos a que vengan a encontrar descanso en nosotros, evidentemente también las hermanas que están junto a mí, si no sería una medida un poco falsa en nuestras comunidades.

3º “Dichosos los que lloran”. Jesús también lloró. Lloró ante la tumba de su amigo Lázaro, ante la ciudad impenitente y replegada sobre sí misma. El misionero que no ha derramado lágrimas por su pueblo no ha vivido profundamente en las Bienaventuranzas. El misionero tiene que derramar lágrimas ante la cerrazón de los hombres de su pueblo, no condena, no juzga, llora. Pablo exhortaba a los suyos con lágrimas. Preguntémonos nosotros cuantas veces hemos llorado porque la gente no se convierte y descubriremos si vivimos este dinamismo profundo de las Bienaventuranzas en la misión.

4º “Bienaventurados los misericordiosos”. Jesús fue misericordioso, sus entrañas eran las entrañas del Padre, ante las situaciones de pobreza, enfermedad, miseria, ante el sufrimiento de la gente, Jesús se estremecía, dejaba que las situaciones de los pobres entraran dentro de él y cambiaba sus programas en función justamente de las necesidades de los hombres. Jesús no se retiraba buscando la tranquilidad, acogía siempre y llevaba dentro de sí la misericordia. ¿Y nosotros?

5ª Jesús fue transparente, limpio, la transparencia misma. Contemplaba el rostro de su Padre y eso le colmaba de gozo y alegría. Es transparencia de Dios. Él vive siempre en la presencia de Dios y eso le colmaba de dicha.

6º Jesús vivió para realizar la justicia de Dios y esto a lo largo de toda su existencia. Luchó para instaurar la paz, fue perseguido y en la misma persecución encontraba su gozo y su alegría.

Es decir, es claro que nosotros seremos testigos de Jesús en la medida que vivamos su vida y si vivimos las Bienaventuranzas ya estamos anunciando a Jesús. Lo acogerán o no. A veces no necesitamos muchas palabras, si viviéramos esa dinámica de las Bienaventuranzas estaríamos dando un gran testimonio en el mundo.

La vocación es misión y en la medida que vivimos nuestra vocación estamos reflejando el rostro de Dios, reflejamos la gloria de Dios, pero tenemos que dar un paso más porque Jesús no nos deja ahí en las Bienaventuranzas. Jesús no se contentó con ser pobre sino que pasó de lado de los pobres y compartió su suerte. Dicho con otras palabras, Jesús no se limitó a hacer cosas por los pobres, porque podríamos hacer cosas por los pobres como ricos y Jesús no lo vivió así, él pasó del lado de los pobres con todo lo que eso comporta. Ahí es donde nos jugamos hoy en la Iglesia el signo, porque sino podemos ser austeros, pero podemos ser muy austeros y no vivir en el dinamismo de Jesús.

Vemos desde el primer momento que Jesús nació como un marginal en la periferia de la ciudad. Desde su nacimiento, nació como un pobre, sin honores, sin reconocimientos. Le vemos inmediatamente marchar a Egipto porque le perseguían, no fue aceptado desde el principio y le vemos marchar como todos los pobres. Le vemos después trabajar durante muchos años como un artesano más sin relevancia ninguna en el pueblo, le vemos vivir en un pueblo desprestigiado. “¿De Nazaret puede salir algo bueno?”, porque pasar al lado de los pobres supone todo eso.

Más todavía Jesús convivió con los pobres, con los publicanos, con los samaritanos, es decir, con la gente excluida, hasta tal punto que decían de él que era un samaritano, un bebedor. Porque pasar del lado de los pobres supone identificarse con la

suerte de los pobres. Y por último, Jesús murió como un blasfemo, como un maldito fuera de la ciudad, murió como un esclavo para abrazar así hasta el último. Bajó hasta los infiernos para abrazar a todos y con ellos remontar hacia el Padre.

El dinamismo de la Encarnación es el dinamismo del que va al encuentro de los últimos para hacerse uno con ellos, para compartir su suerte, sus luchas, sus esfuerzos, sus lágrimas, todo. ¿Dónde se encuentra la raíz última de este movimiento de Jesús? Primero en el amor del Padre. El amor sale de sí mismo para ir a buscar lo que está perdido, unirse con ello y abrazarlo. No podemos decir que amamos si no vamos hacia fuera. Y el consagrado es un hombre consagrado en el amor de Dios que le lleva siempre hacia la periferia, pero esa es la dimensión que más conocemos. Una segunda razón que olvidamos más, es la urgencia que el Padre tiene de celebrar las bodas de su Hijo.

El Padre tiene urgencia de que se llene la mesa de los convidados y celebrar el triunfo de su Hijo. Esta urgencia le lleva a enviar a sus siervos a que vayan a los caminos a invitar a todos y poder celebrar la fiesta. Porque el Padre no estará contento hasta que se junten todos los hermanos. Y Jesús que era consciente de esta urgencia del Padre, salió por los caminos a buscar a los que estaban perdidos y nosotros también, la opción por los pobres, se apoya en esta urgencia de Dios. Dios quiere convocar a todos al festín, al banquete. Invitarlos al banquete de bodas que celebramos anticipadamente en la Eucaristía.

La evangelización de los pobres, pues, nace del amor del Padre y de su deseo profundo de celebrar la fiesta de su Hijo. Nosotros hemos entrado en ese dinamismo justamente por el dinamismo de nuestra vocación. Si la vivimos. ¿Qué criterios tenemos para discernir si andamos por el buen camino?

Nosotros no somos mejores ni peores que Pedro, Juan o María Magdalena. La gracia de Dios puede transformarnos profundamente si descubrimos bien cuales son los criterios de discernimiento. Además la gracia de Dios, para la que no hay nada imposible puede transformarnos a los cuarenta, a los setenta y a los ochenta años. Por eso los criterios son importantes para comprender el dinamismo también.

CRITERIOS PARA DISCERNIR:

1º La toma de conciencia de nuestra condición de pobres. También nosotros estamos en la categoría de los pobres, de los lisiados, de los ciegos, invitados al banquete de bodas, estamos en esa categoría, porque no olviden que son los únicos que respondieron a la invitación. Y a la invitación de Dios se responde siempre desde la pobreza, desde el reconocimiento de ser pobres. Somos pobres convocados a la fiesta, al gozo. Pobres agraciados. Y esta es la conciencia última que permite siempre responder. La conciencia de ser pobre agraciado. Esta persona que tiene esa conciencia no se cree más que los otros, ni mejor que los otros, sino que permanece siempre en ese rango de humilde, de quien sabe que lo que tiene es por gracia y que lo ha recibido. Si entendiéramos esto bien no juzgaríamos a los otros. Alguien que juzga no es pobre.

2º El camino que hemos presentado es sólo para gente alegre y gozosa. El Evangelio nos lo recuerda una y otra vez. Los discípulos siguen a Jesús por alegría “Hemos encontrado al Mesías” y le siguieron... Sin alegría nuestras vidas se convierten en un contrasentido, ¿cómo podríamos anunciar la Buena Noticia si no estuviéramos gozosos y alegres? Los discípulos después de Pentecostés saldrán gozosos a anunciar el Evangelio a todas partes. (Hch. 5,41). El amor lleva siempre a esa alegría. Si hemos descubierto que Jesús es nuestro bien supremo, sabremos sacrificar todo para vivir ese bien supremo y comunicarlo a los demás. Lo que nos realiza y si nos realiza ¿cómo no vamos a vivir alegres? Las Bienaventuranzas son gozo y alegría. Si hoy queremos irradiar el Evangelio en el mundo necesitamos recuperar el sentido de la alegría profunda. Sería el gran signo para nuestro mundo hoy. Un mundo que busca la felicidad por caminos a veces tan complejos y difíciles. La vida consagrada tendría que ser un camino de felicidad y de gozo. Entonces seríamos de esos que contagian. Y el contagio es una forma de llamada muy importante.

3º La acción de gracias. Todas las exhortaciones apostólicas concluyen invitándonos a la acción de gracias. (Ef, 5, 18-20). Dar gracias continuamente y por todo. (1 Tes. 5). La persona agraciada tiene que vivir en un reconocimiento constante. La acción de gracias es la expresión de quien todo lo recibe de Dios y vive agradecido. Jesús nos enseña con toda su vida a dar gracias. Él es Eucaristía, Él es acción de gracias permanentemente. ¿Por qué da gracias Jesús? Por todo.

Jesús da gracias porque el Padre ha querido revelarse a los pequeños y sencillos, da gracias porque el Padre siempre le escucha, da gracias en la Eucaristía justo cuando va a la pasión porque el Padre va a cumplir su obra a través de Él, da gracias porque los hombres van a ser liberados definitivamente y en todo da gracias.

Nuestro mundo necesita también que expresemos en acción de gracias continuamente el que todo lo recibimos del Padre. Dar gracias por nuestra vocación, dar gracias porque hemos sido asociados a la misión, la misión es un honor, no es una obligación. El hombre de acción de gracias vive descentrado de sí mismo su fuente y su centro es Dios, y vive totalmente abierto a los planes y a los designios de Dios. La acción de gracias es muy exigente en ese sentido porque damos gracias por lo que Dios está haciendo. San Agustín lo expresaba sólo con dos palabras “canta y camina”. Ese es otro criterio de discernimiento, cuando en nuestra vida brota espontáneamente la acción de gracias, entonces quiere decir que andamos por el buen camino.

4º El amor y el sufrimiento por los ausentes. La alegría no se opone al sufrimiento. El mundo nos ha hecho creer que no puede haber alegría cuando hay sufrimiento, los pobres nos han recordado que hay alegría y sufrimiento al mismo tiempo. De hecho hay más alegría entre los pobres que entre los ricos. La alegría del Padre está en que los hijos vuelvan y compartimos el sufrimiento del Padre cuando los hombres se alejan de Dios y compartimos su alegría cuando vuelven a Dios. En el alma del pastor, del misionero o de la misionera siempre se dan cita la alegría y el sufrimiento. Si solamente hubiera angustia y sufrimiento malo. Porque quiere decir que no descubriríamos todo lo que Dios ya está haciendo. El verdadero apóstol conjuga en su corazón la alegría y el gozo con el sufrimiento y la búsqueda incesante. Esto el mundo no lo entiende y como el mundo se mezcla también en nuestras vidas, a veces, no lo entendemos, nos gustaría las situaciones de confort solamente, de tranquilidad etc. Y nos cuesta. Eso tenemos que vivirlo. Jesús vivió continuamente en el gozo y en la alegría y al mismo tiempo experimentó la angustia y el dolor de los ausentes, y Pablo lo mismo, y es muy curioso los santos, cuánto han sufrido y cuánto han gozado. Porque son personas capturadas por el plan de Dios. Nuestra vocación o nos conduce por estos caminos o la tenemos que rectificar y con el tiempo todos tenemos que rectificar. Si vivimos correctamente nuestra vocación, nuestras vidas son misioneras por sí mismas.

3.2. CONSAGRACIÓN Y MISIÓN

A la luz del capítulo 19 de Mt. intentaremos descubrir cómo “la consagración” cualifica la vocación y misión de los elegidos a vivir en la dinámica radical del Reino o lo que es lo mismo, del seguimiento de Jesucristo.

Este capítulo, supone un choque cultural y religioso tremendo porque Jesús hace estallar todos los esquemas culturales y religiosos de su tiempo, manifiesta una ruptura de Jesús con todos los esquemas reinantes en aquél tiempo; es un choque cultural y religioso incluso para los discípulos.

Pues bien, podemos dividir este capítulo en tres partes: ¿Cómo situarse ante el matrimonio y la alternativa del celibato por el Reino? ¿Qué significa ser como niños, puesto que es la condición para poseer el Reino? ¿Qué implica la ley del desprendimiento de todo para seguir al Rey? Estas son las grandes cuestiones que están detrás de este capítulo si lo leemos atentamente. Y en última instancia la gran cuestión es ¿Qué significa dedicarse en exclusiva al Reino de Dios? Que en el fondo es la consagración, dedicarse en exclusiva al Reino de Dios. Y cómo esa dedicación es una palabra profética para el mundo y es la misión auténtica de la vida consagrada.

1º Tenemos que ver la incomprensión de los discípulos. Cuando leemos el Evangelio lo damos por supuesto y no nos damos tiempo para entrar también en la incomprensión que nosotros tenemos y que es normal que la tengamos. Hay piedades mal entendidas como si la piedad estuviera reñida con la incomprensión y con la lucha interior. Los discípulos no comprendían nada y nosotros tampoco comprendemos. Los discípulos no comprenden ni las palabras ni los gestos de Jesús y llevaban tiempo con él y habían sido entusiastas, habían dejado todo para seguirle, pero estamos ante un momento clave de progreso, y el progreso entra también por la incomprensión. Los discípulos no entienden, en primer lugar, que Jesús establezca estrictamente la indisolubilidad del matrimonio, no lo entienden y dicen “si la cosa es así no trae cuenta casarse”. La cuestión es que Moisés había permitido el acta de repudio y Jesús empieza a decirle a los hombres que ese no es el camino, el Padre lo que quiere es que no se expulse a nadie. Ese es el gran problema de hoy día, de nuestro mundo y de nosotros

sacerdotes y religiosos porque cuando en nuestras familias y nuestras carnes toca estos problemas, entonces es cuando reaccionamos y decimos tendríamos que ser más condescendientes, etc. Los discípulos no entendieron, provoca el asombro de los seguidores de Jesús no entendían lo de los eunucos por el Reino de los cielos. Ese no entender no es por mala voluntad es porque superaba sus esquemas religiosos y superaba su razón y Jesús y el Evangelio superan siempre nuestros esquemas religiosos y nuestra razón. Si comprendiéramos no habría fe.

Los discípulos no entendían que Jesús perdiese el tiempo con los niños y por eso reprendían a la gente que quería que los niños fueran hasta Jesús para que los bendijera, ¿cómo perder el tiempo el Mesías con los últimos de la sociedad? Y Jesús se lo reprochó y les decía “dejad que los niños vengan a mí”. Jesús pasaba su tiempo con los niños y los discípulos no entendían. Como no entendemos nosotros.

El asombro de aquellos hombres crece ante las exigencias de un desprendimiento radical de los bienes de la tierra y el que insista en “qué difícil que un rico se salve”, y los discípulos decían “entonces ¿quién se podrá salvar? No entra en los esquemas culturales y religiosos de aquellos hombres. Hoy nosotros los consagrados lo decimos de otra manera pero se oye decir a veces, “esto es muy difícil” “hay que tener en cuenta lo humano” “son afirmaciones demasiado absolutas y espiritualistas” “eso es lo ideal pero lo concreto es diferente” “no se puede ir en contra de la cultura religiosa de un pueblo” “los hombres de hoy no entienden esos signos, eso es del pasado, hay que buscar otras cosas” etc.

A nadie le gusta ser último para ser primero, los discípulos buscaban los primeros puestos en el Reino y entre ellos discutían y luchaban por saber quien iba a ser el primero. En última instancia podemos preguntarnos:

- ¿Queremos caminar en la novedad del Reino? El Reino aporta novedad en el mundo. Esta novedad del Reino es incomprensible para nosotros. La misión no será pues, comprendida fácilmente, ni por nosotros ni por los otros.
- ¿Cómo aceptar la lucha constante con la cultura religiosa de nuestro pueblo? Lucha no quiere decir condena ni juicio, sino que estamos en otro esquema. Sólo es posible a veces por la acción del Espíritu Santo.

- ¿Cómo asumir toda la existencia de Jesús, todo su mensaje y el ser signos de contradicción? A veces también dentro de la comunidad religiosa.

Las respuestas de Jesús ante la incompreensión de los discípulos son de libertad, autoridad y seguridad. No pretenderá disminuir en ningún momento su asombro o el choque que viven, al contrario, refuerza la novedad de su mensaje y su persona. La pedagogía de Jesús es desconcertante porque es la pedagogía de un testigo. Del testigo de la verdad, del amor que la dice y acepta la libertad de los otros. Ante la reacción de los discípulos frente al matrimonio Jesús va a decirles “no todos entienden este lenguaje sino sólo aquellos a quienes se les ha concedido” “quien pueda entender que entienda”.

¿Qué es lo que afirma Jesús aquí, en última instancia? Pues que estamos en la esfera de la gracia, en la esfera de Dios y no de los intérpretes de Dios que siempre rebajan la palabra a la comprensión nuestra. Por eso en la vida cristiana es necesario confrontarse directamente con la Palabra de Dios. Yo entiendo mejor a Santa Teresa que el Evangelio. Santa Teresa está más a mi medida. Jesús nos sitúa ante Dios y ante el Espíritu. Es decir, quien se abra a la gracia entenderá y quien no se abra a la gracia no entenderá, y solamente realizando eso descubriremos la verdad.

Jesús nos está dando una inversión radical de los valores. Hay una inversión radical de la cultura, el hombre no puede disponer arbitrariamente de su mujer. Una defensa extraordinaria de la mujer que Jesús hace ahí y los hombres no entienden. Y hace una defensa extraordinaria del Reino “eunucos por el Reino” pero eso no lo entendemos.

Jesús invierte radicalmente el movimiento de la sociedad “dejad a los niños y no les impidáis que vengan a mí porque de los que son como estos es el Reino de los cielos” y más adelante concluye “y muchos primeros serán últimos y muchos últimos primeros”, es decir, Jesús nos plantea una cuestión, si creemos en definitiva que los últimos en la sociedad son los primeros en el corazón de Dios y son los primeros en Él. La opción por los pobres y por los últimos se inscribe aquí, es un acto de fe y no sólo de generosidad.

Ellos son los primeros. Dar valor a los últimos y concederles un valor supremo, eso es un cambio radical en la sociedad y en los esquemas religiosos, que siempre hemos valorado de otra manera a las personas y los grupos sociales, eso tiene una repercusión bien clara en la misión.

El joven rico cuando escuchó que tenía que venderlo todo se marchó triste, y era buena persona. Pero ante la exigencia de venderlo todo se marchó triste. Los discípulos ante Jesús no entendían eso y Jesús da una respuesta radical a todo esto “lo que es imposible para los hombres es posible para Dios”.

Entonces la pobreza es una cuestión de fiarse totalmente de Dios y todas las Escrituras estarán hablándonos de esto “no temas pequeño rebaño, porque al Padre le ha parecido bien daros el Reino” y Jesús nos recuerda que buscar el Reino de Dios y la justicia de Dios, supone abandonarse totalmente a la Providencia. La Providencia que es Dios. No quiere decir que no trabajemos para organizar bien las cosas y demás pero tenemos que saber en que hemos puesto la confianza. Jesús no ha venido a dar seguridades, ha venido a decir que nuestra seguridad es Dios, es el Reino y cuando hemos encontrado en Dios nuestra seguridad somos libres para avanzar y para arriesgar. Para arriesgarlo todo, incluida la salud, la familia, “eunucos por el Reino”, nuestro prestigio social sabiendo que nos tenemos que hacer últimos, nuestras seguridades humanas de bienes de la tierra etc.

Jesús es la fuente de la Verdad y nos puede pedir que avancemos por caminos insospechados para nosotros. A través de todo lo que Jesús nos va diciendo el Reino de Dios se hace presente ¿cómo? Porque Dios ya ha empezado a reinar en el corazón de un hombre. El Reino de Dios se abre camino ya está presente y todavía no, ya ha empezado en Jesús de Nazaret. Lo que Jesús afirma es su propia existencia.

¿Quién se hizo eunuco por el Reino de los cielos? Jesús, él vive esa imposibilidad existencial, él vive solo y exclusivamente para hacer la voluntad del Padre. Dios ha empezado a reinar en Jesús totalmente. El Reino de Dios ha empezado en Jesús, ha entrado en la humanidad de Jesús. Se instaura en Jesús mismo, en él reina totalmente el Padre. Para él no cuenta más que la familia del Padre, no busca establecer otra familia.

¿Quién se hizo el último siendo el primero? Jesús asumió la condición de esclavo, tomó nuestra carne, se ciñó la toalla y se puso a lavar los pies y murió como un maldito. ¿Quién vendió todo? Jesús vendió todo, incluida su gloria para venir a buscar lo que estaba perdido.

Las personas que quieren seguir más de cerca a Jesús tienen que andar el mismo camino. La misión entonces, se convierte en dejar que Dios reine en nuestros corazones totalmente, plenamente y en dejar que Dios muestre su reinado a través nuestro.

Es la misión de toda la Iglesia que tendrá que vivirse pero es también la misión que nos corresponde a todos y a cada uno de nosotros. (L.G. 5) muestra como la Iglesia tiene que ser la expresión de todo esto. La Iglesia es el germen del Reino. La semilla que ya va creciendo. Todos nosotros tendríamos que tomar conciencia de que somos germen del Reino y tenemos que cultivarlo correctamente para que se desarrolle plenamente. Es la condición peregrina nuestra, ya estamos en el Reino y tenemos que caminar hacia el Reino, es la salvación en esperanza.

¿Cómo los que estamos llamados a la consagración podemos vivir esto?

Seguiremos insistiendo en cómo nuestras vidas son ya anuncio del Reino de Dios y por qué. La vida de unas personas consagradas, independientemente de los fallos y limitaciones es anuncio del Reino porque un día fueron alcanzadas por el Señor y descubrieron en ellas esa presencia del Señor. Por eso, la vida consagrada es un signo de la presencia del Reino en el mundo.

Las energías del Reino os alcanzaron de tal manera que decidisteis consagrar vuestras vidas al Señor. Y consagrar la vida al Señor es poner siempre un acto definitivo y eterno. La consagración es en el fondo que el Señor os reservó, de una vez para siempre y vosotras accedisteis y consentisteis a eso, de una vez para siempre, eso se expresó como una decisión de votos pero lo más último de todo es la consagración más que los votos, y es esa pertenencia y ese ser propiedad de Dios en totalidad y en absoluto. Y ante el mundo vuestras vidas gritan precisamente ese ya del Reino. El Reino está ahí.

Con vuestras vidas estáis diciendo que el tiempo es corto, que la figura de este mundo pasa. Qué el mundo lo entienda y lo acepte eso es otra cuestión diferente. San Pablo lo dice en 1Cor.7 y nosotros vivimos ya en el Reino, somos expresión de ese Reino que nos ha alcanzado totalmente y por eso cumplimos la palabra del Señor “Buscad el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura”, por eso, hemos arriesgado todo por el Reino. Nuestras vidas deberían ser expresión de ese ya del Reino.

¿ A dónde nos lleva ese ser expresión del Reino? Sacaremos algunas consecuencias para nuestras vidas:

1º Quien se instala en el Reino (y nosotros estamos instalados en el Reino) está instalado en el futuro, (no en el pasado y ni siquiera en el presente), y vivimos los acontecimientos desde el futuro en Dios. Estamos con Cristo escondidos en Dios. El texto de (Col 3) lo explica muy bien. ¿Buscamos las cosas de arriba, no las de abajo? Si es así entonces ya somos un signo.

2º Si Cristo ha introducido el Reino, nosotros trabajaremos siempre para que el reinado de Cristo alcance a todos. Eso incluye la catolicidad intensiva y extensiva. Queremos que Dios reine no solamente en nosotros, sino en todos. La catolicidad extensiva es que alcance a todos los hombres, pueblos, naciones, a toda la tierra, eso es ser misioneros; pero hay una catolicidad intensiva que nos cuesta más entender y es querer que Cristo reine en los últimos de la tierra, en los más insignificantes, en los más pobres. Entonces nuestra consagración nos lleva siempre a estar descendiendo hasta los últimos, hasta los abismos y los infiernos donde se hallan los últimos para que Cristo reine también en ellos, para que ellos también vivan en el Reino y dejen reinar a Dios en ellos. Además la catolicidad intensiva tiene que mirar hacia las alturas y por eso pedimos que Dios reine también en los príncipes y gobernantes. Hay que entrar en una lucha continua para que Dios reine en todos.

¿Cómo conseguiremos que este Reino de Dios se establezca? El Reino de Dios supone siempre violencia y contradicción, contra el reino de la mentira, de la injusticia, supone siempre lucha, y a veces, nos cansamos de la lucha porque remar siempre contra corriente es arriesgado y hoy la vida religiosa tiene que remar contra corriente.

Hoy día ni siquiera podemos dialogar de estas cosas, la cristiandad hoy no existe. El mundo no nos entenderá. Nuestras familias tienen poco sentido de la fe en este sentido que estamos hablando aquí ahora, aunque sean buenas; incluso nosotros mismos hemos perdido un poco el sentido de la consagración. ¿Será por eso que no tenemos vocaciones?

El Reino de Dios nos introduce siempre en una tensión, en un conflicto y en una lucha y el consagrado tiene que aceptarlo, tiene que aceptar esa contradicción permanente y solamente así podrá dar testimonio del Reino.

3° El Reino nos recuerda siempre que somos peregrinos del Absoluto, que estamos en camino. Que hemos llegado ya, pero todavía no de manera definitiva. El peregrino vive en la provisionalidad y la ley de la provisionalidad nos cuesta mucho entenderla a todos. Estar siempre en camino y no tener nada definitivo cuesta. Nos gusta instalarnos, tener seguridades, pero hoy día si la vida consagrada nos tiene que recordar algo a los demás es que estamos de paso en esta vida, que todo es provisional, salvo Dios, y tenemos que vivirlo para evangelizar al pueblo de Dios. El Pueblo de Dios espera de nosotros que le recordemos estas cosas con nuestras vidas. Las comunidades tienen que afrontar el reto de confrontarse con las culturas, con la historia y con las ideas prevalecientes en la sociedad. Con nuestra vida tenemos que ser incómodos para los demás. El Pueblo de Dios es un pueblo escatológico, peregrino y eso es lo que recuerdan nuestras vidas al Pueblo de Dios.

¿Cómo la vida consagrada, que es misión en sí, tiene que hacer posible la misión de todo el Pueblo de Dios? ¿Cuál es la misión del Pueblo de Dios? El Pueblo de Dios tiene unas tareas muy importantes que las olvidamos hoy.

- El Pueblo de Dios tiene que proclamar la muerte y resurrección de Jesús hasta que vuelva. Y de hecho siempre que celebramos la Eucaristía recordamos esta misión del Pueblo de Dios ¡Ven, Señor Jesús! Lo repetimos mecánicamente todos los días sin darnos cuenta que estamos diciendo cuál es nuestra misión más profunda en el mundo. Y la vida consagrada contribuye a este anuncio de la muerte y resurrección de Jesús hasta que vuelva, haciendo posible que el Pueblo

de Dios no se pare nunca, esté siempre en camino. Que viva en la liturgia continua y permanente

- El Pueblo de Dios tiene que irradiar la gloria del Padre a todos los hombres. Estamos llamados a ser luz del mundo, a vivir como hijos de la luz en el mundo. Los consagrados tienen que ayudar a los cristianos a desarrollar la gracia bautismal, y tienen que implicarse y complicarse día y noche.
- El Pueblo de Dios tiene que estar vuelto hacia el futuro y no hacia el pasado. Mirar al pasado es una tentación permanente. (Ap. 22,17-20)

Si esto lo hemos entendido sacaré cinco consecuencias:

1º La vida consagrada nos tiene que recordar que Dios ha pronunciado la última palabra sobre la historia. Y es una palabra de vida. Dios ha resucitado a su Hijo y es la última palabra del Padre sobre la historia, por lo tanto, el futuro de Dios ha irrumpido ya en el presente. No caminamos hacia la muerte sino hacia la vida. La vida está saliendo ya a nuestro encuentro, nuestra fe es la victoria que vence al mundo. La paciencia de Dios no es derrota sino oferta de Salvación para todos. La vida consagrada tiene que avanzar con clara conciencia de victoria, tiene que estar al servicio de la esperanza del mundo. Todos los pesimismoes son contrarios a la consagración. Si el dinamismo de nuestra vida no es de un optimismo claro y de una esperanza clara no estamos viviendo nuestra consagración. Nuestra fe ha vencido al mundo. El miedo es la expresión de la falta de fe. Lo más opuesto a la fe es el miedo. Podemos entrar en el combate con confianza. Entramos en la victoria de Jesús resucitado.

Tres preguntas:

- ¿Nuestra oración nos lleva a vivir en la esperanza y a servir la esperanza de los hombres?
- ¿Sabemos que hemos recibido ya como anticipo el Espíritu de Dios, que la vida de Dios está en nosotros?
- ¿Avanzamos con seguridad y con aplomo en medio de las dificultades de la vida?

Una vida de consagrados solamente se explica desde la Resurrección, sino no tendríamos sentido. Por eso tenemos que ser testigos de esta esperanza de la resurrección.

2° El Pueblo de Dios tiene que caminar en medio de los pueblos desarrollando una intensa actividad de alabanza, de adoración, de acción de gracias y de súplica. Alabar continuamente las maravillas de Dios y cantar las maravillas de Dios, a no ser que queramos reducir la Iglesia a un club ético. Como María cantando las grandezas del Señor. Un pueblo que da su adhesión total a Dios, le adora, no cesa de dar gracias a Dios por la cercanía de Dios. El Pueblo de Dios camina sabiendo que Dios está con nosotros y por nosotros. Y el Pueblo de Dios suplica continuamente al mismo Señor que venga ¡Ven, Señor Jesús! Tenemos que redescubrir de nuevo el sentido profundo de la Iglesia que celebra continuamente su liturgia. La vida consagrada debe ser expresión de este pueblo litúrgico.

3° El Pueblo de Dios tiene que dejar vivir en él a Jesús que no ha venido a ser servido sino a servir. Jesús permanece siempre como el servidor y sus seguidores están llamados a servir a los hombres y a servirlos en todas sus necesidades. La vida consagrada tiene que ser testimonio de servicio gratuito y desinteresado, a los más pobres y a los más débiles. Las lágrimas de los hombres las tenemos que hacer nuestras. Este servicio incluye diferentes dimensiones. Jesús instruye, enseña. Y luego les dio de comer. No hemos venido a ser servidos sino a servir. Pero sin olvidar las otras dimensiones. La solidaridad con los pobres forma parte del seguimiento de Jesús, pasar del lado de los pobres es esencial, pero Jesús pasaba también las noches en oración con el Padre etc.

4° Jesús ha venido a instaurar la justicia de Dios en el mundo, una justicia que no es como la de los hombres sino que es la justicia del amor. Salvar y rescatar al hombre del pecado y llevarlo a la libertad del amor. Jesús inició su predicación anunciando el Reino de Dios y la conversión. La Iglesia tiene que predicar la conversión del pecado y tiene que trabajar por rescatar del pecado a los hombres y no seríamos fieles a la misión si no anunciásemos la conversión. Los pobres también tienen que convertirse, todos, y nosotros también.

Santo Tomás hablaba de la vida consagrada como lugar donde nos tenemos que convertir. Y la vida consagrada debe recordar a la misión de la Iglesia que debe anunciar la conversión y debe convertirse continuamente. Nos lo dice Lc. al final del Evangelio. El anuncio de la conversión de los pecados resulta muy arriesgado. Al mundo no le gusta escuchar que tiene que convertirse, no le gusta la denuncia del pecado del mundo. Un discípulo del Señor está siempre en un proceso de conversión. La justicia de Dios nos recuerda que Dios no nos condenará si nos reconocemos pecadores. Otra cosa es cuando nos acusamos unos a otros, eso no podemos hacerlo.

5° La finalidad última es congregar a los hijos de Dios dispersos. Formar el Hombre Nuevo, donde no hay judío ni griego, hombre ni mujer, sabios ni ignorantes, ricos y pobres, todos somos uno en Cristo. La misión lleva siempre a la fraternidad en Cristo. Tenemos que edificar el Pueblo de Dios, la Iglesia, la comunidad. ¿Para qué murió Jesús? Para reunir a los hijos de Dios dispersos. (Jn 11,41). Reunir a todos en uno, reunir en una fraternidad de hijos de Dios. Los consagrados tienen que expresar esto continuamente. Tenemos el peligro de entrar en las mismas divisiones del mundo, cuando una comunidad religiosa tiene que abolir todas las fronteras para instaurar la comunión “Uno en Cristo”. Si no lo hacemos quebramos el dinamismo mismo de la misión (L.G. 9)

Estas cinco dimensiones la vida consagrada las tiene que vivir y potenciar continuamente. La E.N. al hablar sobre la misión dice lo mismo de otra forma: transformar la realidad (servicio), cambiar las mentalidades (conversión), transformar los valores, anunciar explícitamente a Jesucristo y congregar en la Iglesia a todos.

¿Qué he querido decirles en estos días?

1° Si hemos dado en nuestras vidas una autoridad absoluta a la Palabra, y no es evidente siempre que se la damos. Esto se traduce en expresiones como esta: “Habla Señor, que tu siervo escucha” y el Señor habla mucho.

2° Si he dado autoridad a la Palabra de Dios y esa palabra me ha dicho “Tú consagrada” pues entonces vivamos como consagradas. El Señor se reserva nuestras vidas para él y para que seamos un signo para el mundo. Qué alegría supone esto.

3° Seremos misioneras si vivimos nuestra vocación. La misión es la misma consagración. Si pertenecemos totalmente al Señor y caminamos hacia Él ya somos misioneras. La Iglesia nos recordó esto al nombrar a Santa Teresita patrona de las misiones.

Y es esto sencillamente lo que he querido recordarles, nada más.

INDICE DE CONTENIDOS

<u>1. LA RECEPCIÓN ACTIVA DE LA PALABRA DE DIOS.</u>	2
¿CÓMO RECIBIR ACTIVAMENTE LA PALABRA DE DIOS?	2
INTRODUCCIÓN	2
1.1. EL SIERVO EN SU CONDICIÓN DE DISCÍPULO.	4
1.2. PABLO ACOGE Y TRANSMITE LA PALABRA.	7
1.3. LAS COMUNIDADES RECIBEN LA PALABRA.	12
1.4. ACOGER HOY LA BUENA NUEVA DE LA PALABRA.	15
<u>2. EL CULTIVO DEL DON DE LA VOCACIÓN</u>	16
¿CÓMO CULTIVAR EL DON DE LA VOCACIÓN?	16
INTRODUCCIÓN	16
2.1. CULTIVAR LA VOCACIÓN DIVINA	20
2.2. LA VIDA CONSAGRADA AL SERVICIO DE LA VOCACIÓN UNIVERSAL A LA SANTIDAD.	23
<u>3. CONVOCADAS A LA MISIÓN</u>	28
¿CÓMO LLEVAR ADELANTE LA MISIÓN?	28
INTRODUCCIÓN	28
3.1. VOCACIÓN Y MISIÓN	31
3.2. CONSAGRACIÓN Y MISIÓN	39